



Camino

Josemaría Escrivá de Balaguer

Obras completas

Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez

Instituto Histórico Josemaría Escrivá

Ediciones RIALP, Madrid, 2002

1.189 págs.

Este año 2002, centenario del nacimiento del fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá, coincide con ser también el año de su canonización, efectuada en Roma, el 6 de octubre.

Con ocasión de esas fechas se han llevado a cabo una serie de iniciativas de mucho interés en torno a su figura. Una de ellas es esta edición crítica histórica del libro *Camino*, realizado por el teólogo Pedro Rodríguez.

Camino —la obra más conocida de Josemaría Escrivá— es una colección de 999 reflexiones en torno a la relación del cristiano con Dios. Escrito en los años 30, ha alcanzado una difusión extraordinaria. Al iniciarse el siglo XXI lleva publicadas 368 ediciones con cuatro millones y medio de ejemplares en 43 idiomas. Es una obra de gran calidad literaria y con una proyección espiritual muy profunda. Está escrito en un idioma claro y, a la vez, convincente. Al proponer sus reflexiones, Escrivá parece estar conversando con el lector, provoca el diálogo, citándole párrafos de una carta o recordando una anécdota. Se lo ha llamado el «Kempis de los tiempos modernos». Al escribirlo, su autor suponía en el lector cierta formación cristiana —«Voy a remover en tus recuerdos para que se alcance algún pensamiento que te hiera». Sin embargo, sus reflexiones también despiertan el interés de no católicos y no cristianos. Por sobre todo, *Camino* es un libro emblemático de la inquietud espiritual de la juventud y su lectura ha sido decisiva para miles de personas.

Pedro Rodríguez realizó un estudio exhaustivo —mil doscientas páginas— de este pequeño libro. La primera sección está dedicada a la personalidad de su autor, su obra literaria y las vicisitudes de su redacción. Luego se analizan los puntos de meditación, uno por uno y finalmente el libro se complementa con una serie de índices, entre los cuales aparecen los pensamientos ordenados conforme al tiempo en que probablemente fueron escritos.

Puede decirse que *Camino* tiene dos etapas en su redacción. Una, entre los años 28 y 34, cuando apareció publicado en la ciudad de Cuenca, con el título de *Consideraciones Espirituales*; la otra, entre los años 37 y 39, cuando el autor revisa el material ya publicado, lo combina con nuevos textos y se edita en Valencia, en 1939, la primera edición de *Camino*, con este nombre que será el definitivo.

Según Pedro Rodríguez, él procuró «sorprender el texto en su hacerse» y con gran dedicación ha rastreado el origen de estos pensamientos, uno por uno. Algunos provienen de los cuadernos de notas personales de Josemaría Escrivá, otros son párrafos de una carta, textos que le habían servido para su oración personal o pequeños esquemas para dar una meditación. Con todo este material, el autor distribuyó sus fichas por capítulos y los ordenó para la versión definitiva. El investigador también ha estudiado ese orden y propone una pauta ideal del escrito.

Esta pauta sería:

Primera parte: «Seguir a Cristo: los comienzos del camino» (capítulos 1 al 21).

Segunda parte: «Hacia la santidad: caminar «in Ecclesia» (capítulos 22 al 35).

Tercera parte: «Plenamente en Cristo, Llamada y misión» (capítulos 36 al 46).

Aunque el estudio es de carácter científico, es muy fácil que cualquier lector se interese en él. Las páginas de la introducción contienen detalles biográficos precisos y al analizar los puntos, se llega a descubrimientos curiosos. Por ejemplo, quién es el autor de alguna carta citada; los versos del poeta alemán Heine que dieron origen a un punto; la rareza —dentro de su corrección idiomática— de ciertas palabras utilizadas, como «odiadores», «desenfadar»...

Pero sobre todo, se llega a conocer mejor al autor, a través de las citas abundantes y significativas de sus cuadernos personales. Dice Pedro Rodríguez: «...En este sentido, el estudio de la docu-

mentación confirmaba con intensidad creciente la intuición espontánea de todo lector de *Camino*: que cada una de sus 999 unidades tiene vida propia y contexto y circunstancias muy diversas; una vida espiritual, pastoral y literaria que el texto mismo muestra anterior al texto, y mucho más rica de lo que la mera crítica textual puede poner de manifiesto».

Refiriéndose a esos cuadernos recordaba el autor de *Camino*: «No he hecho nunca un diario, porque no me gusta, pero he ido tomando apuntes, siempre por mandato de mi confesor. Ahí salen personas, relatos de sucesos concretos, apuntes de ejercicios de cuando yo era joven... Hay mucha historia de la obra en esos apuntes»...

Como anota Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, en el prólogo de esta edición crítica: «... «aún sin detenerse en muchos aspectos del espíritu del Opus Dei (el libro) constituye indudablemente un testimonio de singular relieve, del modo en que este espíritu era difundido en la década de los años 30 y en los tiempos sucesivos. De aquí dimana, sobre todo para los estudiosos de la espiritualidad, la importancia del presente trabajo».

Esta edición es la primera de una serie de investigaciones sobre la obra de Josemaría Escrivá que está llevando a cabo el instituto que lleva su nombre. Pedro Rodríguez, profesor de la Universidad de Navarra, ha escrito sobre *Camino* desde los años 60. Es un experto en eclesiología, autor también de una edición crítica del Catecismo Romano, cuyos originales descubrió personalmente en los archivos de la Biblioteca Vaticana en 1985.

Elena Vial

Josemaría Escrivá como escritor

José Miguel Ibáñez

Editorial Universitaria, Santiago, 2002

104 páginas

A pocos párrafos del prólogo de este libro, pensé que para su autor no iba a ser posible conseguir el propósito que se imponía en el mismo: analizar, desde la perspectiva formal de la crítica literaria, «la poderosa vertiente poética, la fluidez narrativa y la riqueza dramática» de la obra escrita de Josemaría Escrivá de Balaguer. Mis dudas, desde luego, no tenían que ver con los sólidos conocimientos literarios y méritos críticos de José Miguel Ibáñez Langlois (curiosamente, y por enésima vez, ni siquiera nombrado como candidato al Premio Nacional de Literatura; que merecería no sólo en justicia sino sobradamente, como otrora los críticos Alone y Hernán del Solar...) ni mucho menos, por cierto, con las evidentes condiciones «literarias» del próximo santo



de la Iglesia, cuyos textos he tenido la gracia de leer. No, ninguna de las anteriores. Mis dudas iban, más bien, por un par de cuestiones que el mismo Ibáñez Langlois señala en este breve y notable libro: por una parte, la dificultad de sortear, sin perjudicar la objetividad que el mismo análisis a emprender exigía, el evidente aspecto «filial» que le une al Fundador del Opus Dei; y, por otra, la cuasi imposibilidad, en literatura, de separar forma y fondo a efectos críticos; que en este caso, dado el fondo precisamente, parecía casi un hecho. Pues, ¿cómo calificar literariamente textos cuya fuerza está más bien en «lo» que dicen y «para» lo que dicen, antes de «cómo» lo hacen?

Pues bien: al concluir las 120 páginas de «Josemaría Escrivá como escritor» fui —y soy— de la opinión de que su autor no sólo despejó toda duda posible sino que incluso logró un trabajo que, con la calidad que acostumbra, resulta un aporte literario de relevancia. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975) escribió dentro del género que suele llamarse «espiritualidad» cristiana: género que, como señala el libro que comentamos, aunque no tiene una intención literaria explícita tampoco excluye —como en muchos casos del Siglo de Oro español, por ejemplo— la posibilidad de ser gran literatura. Ibáñez Langlois, a través de la consideración de sus obras —las tres de tipo más epigramático, por así decir («Camino», «Surco» y «Forja»); los textos de índole devocional («Santo Rosario» y «Via Crucis») y las homilías recopiladas («Es Cristo que pasa» y «Amigos de Dios»)—, logra mostrar y demostrar las calidades y cualidades del excelente lenguaje expresivo de Monseñor Escrivá en el mismo sentido comentado: sin haber tenido una intención literaria, sus escritos son literatura. Y de la mejor. No tiene mucho sentido repetir aquí los argumentos de Ibáñez Langlois para fundamentar lo anterior; pues dichos argumentos son, precisamente, el libro que ha escrito. El lector podrá apreciarlos como es debido: en primera y mejor fuente. Sin embargo, quisiera referirme brevemente a dos puntos del mismo que me parecen de mucho interés; aunque, en cierta forma, tal vez «superan» su contenido y objetivos.

El primero de ellos —y que Ibáñez Langlois también sugiere— tiene que ver con la importancia cabal de una buena formación clásica en literatura. En efecto, Josemaría Escrivá de Balaguer la tuvo, cuidada y profusa; y que, junto a su «don narrativo», con-